

Penilein

Margarita Sanz Lobo

«Despierta, Penélope, hija querida, para ver con tus ojos lo que anhelabas todos los días».

Homero, *Odisea*, Canto XXIII, 5

Mi madre me puso este nombre en honor a Los Beatles. En el registro, ni ella ni el funcionario sabían cómo se escribía en inglés, así que optaron por esta versión que ha definido mi vida: Penilein, ya no sabría llamarme de otra forma.

Mi vida no ha sido fácil. Con la crisis de 2008, mi marido, Uli, desapareció. Sí, tal cual, no sé nada de él. Y no será porque no lo haya buscado, no. Incluso mi hijo, mi divino Telmo, se dedicó a recorrer los sitios habituales, llamó a los amigos, a la familia, hasta puso una denuncia en la policía, pero dio igual. Desaparecido. Desintegrado. Deshecho. Desconocido. Des.

Al principio, no me lo podía creer. Yo, Penilein, la prudente, la de los largos cabellos que todas envidiaban, la exótica que los hombres codiciaban, la de la gran suerte en la vida, la de manos delicadas, me había quedado sola. Intenté fingir que no pasaba nada. Pero los días sí que pasaban. Fuimos tirando de existencias, de ahorros, estirando todo lo que teníamos, pero solo se respiraba la quietud, como un demonio que te iba quitando las fuerzas hasta que ya nada parecía real.

Uli, hombre, ¿dónde te has metido? No te voy a decir que me envíes una carta, eso ya no se estila, pero ¿un mísero whatsapp? O al menos a tu hijo Telmo. ¿Cómo no se te ha ocurrido? Porque, claro, muerto no debes estar, entonces sí que nos habrían llamado. Y la tontería esa que te dio por pensar de recorrer el mundo para hacer fortuna, digo yo que nos lo habrías dicho antes, ¿no? A santo de qué te vas a ir así, sin más. Al menos, podrías haber dicho algo, no desaparecer así, como si fueras transparente, cual espíritu derrotado. No sé, Uli, hijo, las cosas no se hacen así.

Hoy, mi amiga Dora se ha presentado en casa con noticias frescas de mi marido. ¡Ay, las redes sociales, lo que te encuentras! Resulta que ha visto unas fotos en el facebook de una tal Circe, de hermosos cabellos, amiguísima suya pero a la que no conoce en persona. Esa Circe se dedica a hacer conjuros y echar cartas. Y ¿quién estaba con ella? Mi Uli. Con cara de tonto, sonrisa boba y mirada perdida. Vamos, como un borrego. ¡No me lo podía creer! ¡Por eso se ha ido! ¿Con otra? He mirado las fotos una y otra vez porque no daba crédito. Y yo como una tonta esperando a que volviera. Me he enfadado tanto que no he escuchado nada de lo que me estaba

parloteando Dora pero, cuando se ha ido, he tomado una determinación: voy a rehacer mi vida sin esperarle. Ha nacido otra persona. Soy la nueva Penilein.

Llevo ya tres días trabajando en un bar. Bueno, ni fu ni fa, no es tan complicado como parece y, una vez que le coges el tranquillo, soy capaz de poner hasta las veinte mil clases de café que hay. La barra es todo un mundo. Empiezo a conocer a los clientes habituales. Se podría decir que hay dos grupos: los que tienen prisa y los que no. A los primeros les gusta que sepas lo que quieren antes de que te lo digan. Los otros son más de disfrutar del bar. Se acodan en la barra o se sientan a una mesa y estiran su tiempo hasta que no les queda otra.

He vuelto a retomar las manualidades. Siempre me gustó tejer pero como tenía que cuidar de Uli y de Telmo, no me quedaba tiempo para nada. Tenía un chal de lana verde que llevaba empezado siglos. Nunca podía terminarlo, lo iba dejando para cuando tuviera tiempo. Ahora he decidido acabarlo y dedicarme a hacer chales de encargo. Me ha dicho una cliente del bar que se pueden vender por internet y ganar dinero. Pues falta me hace. Y además dejaré de tener esa sensación de que nunca acabo las cosas, como mi matrimonio con Uli, que se ha quedado en espera. Pero, ¿qué se habrá creído este tío, que voy a esperar de brazos cruzados, como si no pasara nada?

Ayer vino a verme otra vez Dora, solo para contarme que había vuelto a ver a Uli en las redes pero ahora no estaba con la tal Circe, qué va, estaba tonteando con una tal Calipso, que vaya nombrecito, estarían bailando todo el día, digo yo. Se me debió poner cara de tonta cuando me enseñó las fotos. Me subió un algo por la garganta que casi me ahogo. Pues no sé qué se habrá pensado, pero quieta no me voy a quedar. El viernes pasado, cuando estaba recogiendo para cerrar el bar, se me acercó uno de los clientes “de larga estancia”, como yo les llamo, y me invitó a salir. Le dije que no. Debo tener metida en la cabeza esa reacción, como si no pudiera salir con nadie más que con Uli, pero luego me quedé pensándolo mejor, él pasándose lo fenomenal por ahí y yo en el bar y tejiendo todo el día. ¡A la porra! Al próximo que me invite le digo que sí.

.....

Han pasado ya tres años desde que Uli desapareció. El negocio de los chales va viento en popa y hasta he tenido que buscar ayuda para tejer más. Sigo en el bar, me lo paso bien. Tengo muchos pretendientes, como yo les llamo, pero eso, solo pretenden. Salgo con ellos, me divierto, un poquito de sexo y, ¡hale, para su casa!

Ahora soy otra, más fuerte, más feliz. Ahora sí que soy la auténtica Penilein.